

# DISCURSO I

PARA EL DÍA 23 DE MAYO.

## EMBLEMAS APROPIADOS Á LA VIRGEN MARÍA.

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—Emblemas ó símbolos.

SUBDIVISIONES.—1. Emblemas bíblicos.—2. Emblemas tomados de la naturaleza en general.

**PUNTO SEGUNDO.**—Emblemas tomados de la naturaleza en particular.

SUBDIVISIONES.—1. Del reino mineral.—2. Del reino vegetal.—3. Del reino animal.—4. Del orden milagroso.

*Hæc autem in figura facta sunt nostri.*  
Estas cosas eran figura de lo que á nosotros se refiere.

(I. COR. X, 6.)

Los Santos Padres á quienes tomo por guía en este discurso, y particularmente Orígenes, San Ireneo, San Cirilo, San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Ambrosio, y todos los Teólogos, tienen declarado que la Escritura Santa encierra numerosas figuras y emblemas relativos á la Madre de Dios. Aún han hecho más que declararlo estos Padres y Doctores; y ha sido demostrarlo de una manera más sólida, en sus homilias, y en los tratados en que expusieron el dogma de la *Encarnación* del Verbo, y el de la *Maternidad divina* de María.

Estudio es, H. M., de la más alta importancia éste de los *símbolos* y *figuras* bíblicas concernientes á la Santísima Virgen, aunque no sea sino porque la fe del católico encuentra aquí alimento análogo al que nos suministra el examen de las profecías que se aplican á la Madre de Jesucristo. El considerar los misterios de María Santísima, unidos siempre á los de Jesús en el pensamiento de Dios, en sus revelaciones, en las sagradas letras, en la doctrina de los Padres, y en la enseñanza de la Iglesia, nos conducirá seguramente al culto y venera-

ción de Aquella que se nos muestra en todo y en todas ocasiones digna de la elección con que el Señor la honra.

El plan que me propongo seguir en el presente discurso es tan sencillo como natural. Expondré los emblemas en el orden que se nos ofrecen, sea en los libros santos, sea en la naturaleza.

## PUNTO PRIMERO.

EMBLEMAS Ó SÍMBOLOS.

I. Las cosas invisibles están ocultas, á los ojos del hombre, tanto como son inaccesibles á su entendimiento sin la ayuda de los sentidos. Por ésto, sin duda, ha dispuesto Dios que las cosas visibles trajesen como impresa la noticia de las cosas invisibles. Esto es lo que ha hecho respecto á sus perfecciones, según San Pablo: Las perfecciones de Dios, dice el Apóstol, así como su infinito poder y su divinidad, han venido á hacerse visibles en la creación del mundo: *Invisibilia enim ipsius á creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas.* (ROM., I, 20). Y todavía ha tenido por conveniente hacer más, permitiendo que este mundo visible retratase los misterios de la Encarnación de su divino Verbo, viniendo toda la naturaleza á ofrecer una multitud de emblemas que las Santas Escrituras han adoptado, relativos al Salvador. A esta clase pertenecen las denominaciones simbólicas de *Clavis, David, Porta justitiæ, Rupes deserti, Radix Jesse, Flors campi, Frumentum electorum, Vitis vera, Oleum lætitiæ, Lignum vitæ, Manna, Fons aquæ salientis in vitam æternam, Serpens æneus, Agnus, Leo de tribu Juda, Oriens, Lumen, Splendor.*

Pero si la naturaleza es un reflejo de los misterios del Verbo Encarnado, también retrata, como claro espejo, las maravillas que conciben á la Madre de Dios, en razón á que los misterios de Jesús nunca están separados de los de María. Para convencernos de esta verdad, bástanos abrir los sagrados libros, y veremos como todo lo que la naturaleza tiene de más espléndido y precioso, se relaciona, bajo la forma de símbolos é imágenes, con la Reina del Universo.

A fin de guardar orden en esta nomenclatura, no menos santa que poética, adoptaré la clasificación más común en las escuelas.

Los más grandes fenómenos de la naturaleza fueron empleados, primero por la Santa Biblia, y después por los Padres de la Iglesia, para figurar á la Madre de Jesucristo. El sol, la luna, la aurora, la tierra, el rocío, las nubes, han servido de magníficas imágenes para dar al mundo la idea de María Santísima. «¿Quién es ésa, dice el Espíritu Santo, que se adelanta como la *aurora* cuando sale, hermosa como la *luna*, esplendente como el *sol*, y terrible como los *ejércitos* or-

denados en batalla? *Quæ est ista quæ progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?*» (CANT., IV. 9). Cielos, enviad vuestro rocío, exclama Isaías; *nubes lloved el Justo; tierra, brota al Salvador: Rorate cæli desuper, et nubes pluant Justum: aperiatur terra et germinet Salvatorem.*» (IS., XLV, 8). María es, además llamada Monte de Dios, Monte de la herencia, Monte de Galaad, donde crece el bálsamo que cura, Monte amado de Dios, cuya cima tiene la hermosura y riqueza del Carmelo, Monte del Nuevo Testamento, de donde viene nuestra salud. También se la da el nombre de Río, y Canal de la gracia; de Pozo de agua viva; de Nave que trae de lejos lo necesario para la subsistencia; de Cisterna de Belén; de Mar grande que contiene en su seno la piedra preciosa, que es Jesucristo; de Ciudad de Dios; de Tabernáculo que el Omnipotente ha construido para sí; de Tienda donde se albergan los pueblos; Tienda más bella y segura que la antigua de los Israelitas; de Estrella del mar; de Polo al rededor del cual el mundo gira; de Puente que sirve para pasar de la muerte á la vida; de Piscina, en fin, de salud. San Efrén presenta á María bajo el emblema de Paraíso de delicias; San Andrés Cretense, bajo el de Arbol de vida del Edén celestial; San Pedro Damiano, bajo el de Palacio del Rey de la gloria. Dirigiéndose á María, San Epifanio la dice: «Vos, Señora, sois la púrpura real de que se vistió el Rey de Cielos y tierra. Vos, exclama Ricardo de San Lorenzo, sois el Oráculo de la Iglesia. Vos, añade San Pedro Damiano, sois el Oriente del Oriente. Vos, concluye San Bernardo, sois Torre inexpugnable, Esperanza del mundo, y el Negocio de todos los siglos: *Negotium omnium sæculorum.*» (Serm. 2 de Pent.) Tal es, H. M., el lenguaje simbólico que la Escritura y la Iglesia emplean para hablar de la Santísima Virgen. Yo no he hecho más que citar pasajes, porque sería cosa interminable demostrar la exactitud de estas denominaciones, y la aplicación tan perfecta que tienen á la persona que señalan.

He llamado emblemas generales á éstos que acabo de exponer, porque se sacan de lo que la naturaleza tiene de más extenso y brillante. Otros hay de menos esplendor, pero no por eso menos propios y expresivos. De ellos voy á hablaros en el

## PUNTO SEGUNDO.

EMBLEMAS TOMADOS DE LA NATURALEZA EN PARTICULAR.

Estos emblemas son de cuatro clases, con arreglo al orden de cosas á que pertenecen: 1.º los del reino mineral; 2.º los del reino vegetal; 3.º los del reino animal. 4.º los del orden milagroso.

Las entrañas de la tierra se consideran como un abismo inmenso-

Las profundidades de la naturaleza suministran á San Juan Damasceno un bello símbolo en alabanza de la Madre de Dios: «María, dice, es un abismo de gracia, *Abysus gratiæ.*» (Orat. 2, de Assumpt.) «Es, dice en otra parte, un abismo de prodigios: *Abyssus miraculorum.*» (Id., Orat. 1 de Nativ.) ¿Qué contienen esos desconocidos abismos de la tierra? Lo que el hombre más estima: tesoros. ¿Y qué contiene el corazón de María como abismo de gracias? Tesoros de virtud. Esta espléndida metáfora ha venido á ser en las Santas Escrituras, y en boca de los Santos Padres, el emblema más frecuentemente reproducido en honor de nuestra Madre y Soberana, llamándola Tesoro del amor del Padre, Tesoro de vida, Tesoro de salvación, Tesoro de salud, Tesoro de pureza, Tesoro de la gloria de Dios, Tesoro de la Iglesia, Tesoro inagotable; y resumiendo todos estos títulos, terminan diciendo que María es Tesorera de las gracias y mercedes de Dios: *Thesauraria gratiarum Dei.* Y ¿cuántas especies de tesoros y, por consiguiente, de emblemas, concernientes á María, no se han descubierto en esas sólidas regiones que están bajo nuestros piés? La Virgen es la perla de Etiopía, tan magníficamente descrita por Job; es la perla del Evangelio, no menos preciosa, aunque por otro estilo; es el cristal por donde Ezequiel vió al Señor: es el zafiro del trono de Dios; es el grupo de piedras preciosas del racional del Sumo Sacerdote; es sardónica, topacio, esmeralda, carbunco, zafiro, jaspé, liguria, ágata, ametisto, crisólito, cornerina y berilo. Entre los metales, solamente el oro fué escogido por Dios para revestir por dentro y por fuera el Arca de la Alianza; por eso el oro de la caridad, de la humildad, de la pureza, el oro de todas las virtudes, debía ser el ornamento de la elegida del Señor, á quien la Iglesia llama Palacio de oro: *Domus aurea.*

Vosotros habéis visto pasar, con la impetuosidad del relámpago, carrozas adornadas de ricas insignias llevando á los grandes del mundo; mas no forméis por ellas el concepto que debe inspiraros el nombre de carroza de Elías, y más aún el de carroza de Dios. María, más elevada que todos los potentados de la tierra, es llamada Carroza de Dios, y Carroza ígnea del Verbo: *Currus Verbi igneus.* (Hymn. græc.) María es Diadema no fabricada por mano de los hombres: *Diadema regni non manufactum.* (S. Andr. Cret., Orat. 2, de Assumpt.); es el Cetro que domina sobre todos: *Sceptrum cunctis imperans* (S. Ephrem., in Laud. B. Virg.); es el regio Trono rodeado de esplendor, el Escudo de salud, la Torre de marfil, la Llave del Cielo: *Clavis regni caelestis* (S. Epiphanius in Laud. B. Virg.)

Hecha esta ligera mención de los emblemas que la tierra, con lo que tiene de más rico, suministra, para pintar á la Virgen, cuya grandeza y estimación alabanza alguna puede explicar bastante, paso á los símbolos de otro orden.

Basta sólo con registrar la espléndida naturaleza que tenemos delante para descubrir inmediatamente los emblemas en cuya busca vamos. Observad al sembrador que esparce la simiente por el campo,

una parte de la cual, por haber caído en buena tierra, echa raíces y rinde ciento por uno, como hace notar nuestro Señor en el Evangelio. Este hecho sencillo sugiere á San Epifanio el siguiente símil: «La Virgen María, dice, es un campo que, sin necesidad de cultivo, produce la celestial espiga: *Ager minime cultus... Ager inaratus spicam divinam germinans.*» El árbol del Paraíso terrestre dió la muerte al género humano; María es el árbol cuyo fruto vuelve la vida á los hombres. *Arbor fructifera*, como la llama San Buenaventura. María es hermosa y pura como la azucena que crece en medio de espinas. (Cant., II, 2). Es suave como la rosa de Jericó; agradable como el fruto del naranjo; dulce como la granada. (Eccli., XXIV, 18). Las virtudes de María despiden un aroma confortante como el de la mirra, fuerte como el del gálbano, agradable como el del incienso de Arabia y delicado como el del cinamomo. (Id., ibid., 20, 21). María tiene la majestad y la gracia del cedro, la expansión del plátano y la elevación de la palmera del desierto. (Id., ibid., 17, 19). María es la viña fértil que alimenta, recrea y fortalece al género humano. «Con razón, dice Sofronio, podemos llamar á María Jardín de recreo, donde se encuentran flores de toda especie, emblemas de sus virtudes.» (Serm. de Assumpt.). «Recorred ese jardín del Esposo, añade el célebre Alcuino, y gozaréis un placer inmenso viendo, en agradable mezcla, las rosas blancas y las encarnadas, como simbolizando la unión de la virginidad y de la fecundidad de María Santísima. ¡Con qué gusto contemplaréis el clavel de su caridad, la azucena de su inocencia, la violeta de su humildad y de su mansedumbre, la caléndula de su oración, el tulipán de su resignación, y para hablar como el celestial Jardínero (Cant., IV.), el ciprés de su pureza, el nardo de su amor, el azafrán de su celeste sabiduría, el calamento aromático de su humildad, el cinamomo de su contemplación, la mirra de su mortificación, el aloe de la integridad de su vida y de sus buenos ejemplos; en una palabra, las flores de las virtudes angélicas que crecen en toda estación en aquel delicioso sitio á favor de la suavidad del Cielo.» (Alcuino, in Cant.).

¿Ha concluido ya la enumeración? Nó: porque es inagotable, como las prerogativas, los dones y las virtudes de María, que con tales emblemas se quieren representar. ¡Bella y variada naturaleza, Dios permite que tus risueños paisajes, tus llanos y tus cuevas, tus valles y colinas, tus prados y tus bosques, tus fuentes y tus ríos, tus frutos y tus flores, sean como el espejo de su predilecta criatura; que sean como imágenes de su magnificencia y perfección! Dámosle gracias con profundo reconocimiento por el poderoso medio que emplea en todo esto para aumentar en nosotros el culto de María, porque, al contemplar tantas maravillas, trasladamos el pensamiento á las maravillas, cien veces mas asombrosas, de su corazón: *Omnis gloria filie Regis ab intus.* (Ps. XLIV, 14). Mas no por eso te envanezcas, puesto que todos tus fenómenos no son más que sombras efímeras, tu magnificencia inconsistente, tus frutos transitorios, tus flores y toda tu

vida vegetal subordinada al frío que hiela, y al calor que agosta; mientras que la Reina de la creación posee una santidad inalterable, una grandeza sin igual después de Dios, y una vida imperecedera. ¡Dichosos los que no tienen apego á las cosas visibles, sinó que se sirven de ellas para subir con más pujanza á las invisibles, que son las únicas verdaderas, las únicas sólidas, las únicas durables!

Jesucristo, vencedor del mundo y de Lucifer, es llamado León de Judá. Del mismo modo María, dice San Epifanio, es Leona arrogante, que ha despedazado la herejía: *Leona gloriosa*. Es el terror del infierno, y por eso se la da el nombre de ejército dispuesto á pelear: *Terribilis ut castrorum acies ordinata*. El Salvador, cuya bondad y mansedumbre son inexplicables, se nos muestra con el símbolo de cordero: *Sicut agnus mansuetus*; y María, cuya dulzura iguala á su misericordia, es representada bajo el símbolo de oveja del Señor: «Oveja inmaculada es María, dice San Epifanio, que da la vida al Cordero divino, Cristo Jesús: *Ovis immaculata quæ peperit agnum Christum.* (Orat. de Laud. Deip.). El Hijo de Dios es miel para nuestras almas; miel que las cura, que las alimenta, las fortalece y las recrea; y su Santa Madre es la abeja fecunda que produce la divina miel. Laboriosa abejilla, la dice San Buenaventura, que daís regaladísimo fruto: *Apis parvula, cujus fructus dulcissimus.* (In Litan.). María es el nido de Cristo, pájaro solitario: *Nidus Christi, passeris solitarii.* (Idiota, c. 4, Contempl.). La Virgen está representada también por la becerra indómita, que no ha sufrido nunca yugo: *Juvenca nunquam jugum experta*, dice San Epifanio. (De Laud. B. Virg.). Es la que alimenta á Aquel que alimenta al universo, según el pensamiento de San Jerónimo: *Nutrix omnia nutrientis.* (Serm. de Assumpt.). San Bernardo realza la magnificencia de estos emblemas, mostrándonos el poder protector de María Santísima bajo la sublime figura de un águila que, elevándose á la región de las nubes, extiende sobre el mundo sus extensas alas: *Aquila grandis magnarum alarum.* (Serm. 2, in Salve.). Los ímpetus y velos rápidos de la Virgen Santísima á lo más alto de la contemplación, se comparan con mucha propiedad á la rápida ligereza del ciervo y del gamo. Pero la figura que entre todas place más á nuestra imaginación es la de paloma cándida, bajo la cual la contemplamos. Observad, H. M., la paloma; todo en ella es agradable: su blancura la embellece, su mirada es plácida como la estrella en que se fija, ó el agua en que se baña; su arrullo es tierno y graciosas sus formas. Hasta su corazón carece de hiel, siendo efecto de su mansedumbre la constancia y fidelidad que la distinguen, en atención á las cuales es considerada como símbolo del amor y de la lealtad. ¡Qué imagen podría escogerse más expresiva de la inocencia, de la bondad, de la dulzura y cariño de María, nuestra Santa Madre!

¡Oh inmaculada Virgen! Vos sois la paloma del Señor: *Columba mea.* (CANT., II, 10). Vos sois paloma pura y sin mancha, como os llama San Epifanio: *Columba pura et immaculata.* (In Laud. B. Virg.) Vos sois la paloma fiel de Noé, añade San Buenaventura: *Columba*

*Noe fidelissima.* (In Spec., c. 8). Las aguas del diluvio cubrían aún gran parte de la tierra, cuando salió la paloma en busca del ramo de la esperanza. Cuando halló donde posarse, se da prisa á coger un florido tallo de olivo, y á llevarlo, como mensajera fiel, á quien la enviara. Esto mismo hizo María, mensajera divina de los Cielos. Cubrían las aguas de otro diluvio al universo; las aguas de la iniquidad. El príncipe de las tinieblas reinaba como soberano por medio del paganismo, que lo llenaba todo; «la verdad estaba postrada, el crimen adorado; todo era Dios, menos Dios mismo,» como dice Bossuet. ¿Dónde podrá asentar el pié el enviado de lo alto? A la sombra de los altares del Señor; allí el inmortal olivo será colocado en sus benditas manos. Abrid ahora la ventana del Arca y dad paso á la paloma fiel, que trae la salud. ¡Pueblos, naciones, estremeceos de alegría! Las aguas del diluvio han bajado; el arco iris se deja ver, y el Cielo se serena. El Señor habla á la tierra anunciando perpetua paz para los hombres: *Et in terra pax hominibus.*

La naturaleza, por muchas que sean las imágenes que presente, no puede decir todo lo que se necesita para alabar, ó dar á conocer, á la Madre de Dios. Para esto es preciso recurrir á otro orden de fenómenos más elevado. Me refiero á las señales milagrosas de que Dios se ha servido algunas veces para manifestarse á los hombres. Refiérese en la Sagrada Escritura, que el Patriarca Jacob, caminando á Mesopotamia, llegó á un sitio donde resolvió descansar después de puesto el sol. Recogió algunas piedras que había esparcidas por allí, y acomodándoselas en forma de cabecera, se durmió. En el discurso de la noche, vió en sueños una escala que, descansando en tierra, llegaba al cielo, y por la cual subían y bajaban los Angeles de Dios, y en la cual se apoyaba el Señor. (GEN., XXVIII, 11, 13). Cuando despertó el santo Patriarca, sintióse conmovido al recordar la visión, exclamando: «Verdaderamente la casa de Dios y la puerta del Cielo están aquí.» (Id. ibid., 16, 18). La escala que vió Jacob es María, por la cual baja Dios á los hombres, y los hombres suben á Dios: *Scala per quam descendit Deus, sed ascendit homo.* (Joan. Geom., in Cant.) ¡Oh celestial escala, dice San Pedro Damiano, por la que el gran Rey se humilla y baja hasta lo más profundo del abatimiento: *Scala celestis, per quam supernus Rex humiliatus ad ima descendit* (Serm. de Nat. B. Virg.) Pondré mi arco en las nubes, dijo Dios á Noé que acababa de salir del arca, y será la señal de mi alianza con la tierra. Esta señal es emblema de otro arco más brillante aún que el que se deja ver formado de diversos colores en las nubes, y que atestigua la alianza de Dios con los hombres; emblema de María Santísima, que refleja los rayos del sol de justicia, para servir al mundo de prenda de reconciliación: *Arcus fœderis divini, et reconciliationis nobiscum.* (S. Bonav., in Laud. B. Virg.)

La Historia sagrada nos describe con todos sus pomenores la construcción, magnitud y forma de dos grandes monumentos del antiguo pueblo: el Arca de Noé y el Arca del Señor. La primera sirvió de

refugio á la familia del venerable Patriarca, salvándola del Diluvio. La segunda sirvió para guardar lo que la religión mosaica tenía de más sagrado; esto es, un gomor de maná, las tablas de la ley, y la vara florida de Aarón. Ahora bien: ¿qué representaban estos célebres monumentos? Los Santos Padres responden, que el Arca de Noé significaba los privilegios y oficios que habían de corresponder á la Madre de Dios. Cuando el pecado original cubría, como otro diluvio, las generaciones todas, la inmaculada Virgen no se sumergió en sus aguas impuras. En sus entrañas se ocultara el verdadero Noé, y de María nació el Padre de las generaciones futuras. El Arca del Testamento, añaden los mismos Doctores, estaba vestida de oro por dentro y por fuera, y contenía lo más santo de la religión, siendo en esto emblema, aunque defectuoso, de la santidad interior de María, cuyas virtudes fueron más incorruptibles que el oro, y cuyo seno guardó al Salvador del mundo; al Salvador que es maná de los ángeles, que hizo florecer la vara de Aarón, y dió á Moisés las Tablas de la Ley.

Observad, H. M., en el monte Horeb, la zarza que arde, sin consumirse nunca. Moisés, después de descalzarse, se aproximó respetuosamente para escuchar la voz de Dios. Ahí tenéis otra imagen de María, siempre ardiendo en inextinguible amor de Dios; siempre Virgen, lo mismo después que antes de su divino parto: *Rubus natura animatus, quem partus non combussit* (Proclus, orat. de Nat. Dom.)

Queriendo el mismo Señor ser guía del pueblo de Israel, cuando lo sacó de Egipto, «iba delante, dice la Escritura, en una columna de fuego señalándole el camino. Nunca se ocultó esta columna á los ojos del pueblo.» (Exod., XIII, 21, 22). María es columna de fuego que muestra el camino á los que andan en tinieblas: *Columna ignea his qui sunt in tenebris viam demonstrans.* (Hymn. græc.) María, añade San Buenaventura, es también columna de fuego, en cuanto nos alumbrá con la viva luz de sus favores. *Maria est quoque columna ignis, multis misericordia beneficiis nos illuminans.* (In Spec.)

Hallándose Gedeón ocupado en trillar mies en la era, fué visitado por el Angel del Señor que venía á noticiarle, de parte suya, haber sido elegido jefe del pueblo hebreo. Gedeón pidió una señal en estos términos, hablando con Dios: «Si has de salvar á Israel, dijo, por mi mano, como has dicho, yo extenderé este vellón de lana en la era; si el rocío cayere solamente en el vellón, quedando enjuto todo el terreno, reconoceré en esto que has de libertar á Israel por mi medio, según lo tienes dicho.» Otorgó Dios á su elegido lo que le proponía. Levantándose Gedeón antes de amanecer, exprimió el vellocino, llenando una taza del rocío que de él salió. (JUDIC. VI, 36, 38). El rocío, dicen los Santos Padres, es la gracia de que Dios llenó á María, entanto que lo demás al rededor de ella estaba árido y seco por el pecado. El Rey Profeta había dicho, que el Verbo Eterno bajaría á la Virgen como lluvia sobre lana: *Descendet sicut pluvia in vellus* (Ps. LXXI, 6). Verdadero vellocino de Gedeón, exclama San Ambrosio, del que todos hemos sido vestidos: *Vellus de quo omnes vestiti.* (Serm. 13); porque

la sangre de vuestro Divino Hijo es María, derramada en la cruz, es la que cubrió nuestros desnudos miembros, los calentó y les volvió á dar la vida: *Vellus mundissimum caelesti pluvia madens, è quo pastor ovem induit.* (Proclus. *Orat. de Nat. Dom.*).

Ya lo veis, A. H. M.: la Escritura Santa, la tradición, la naturaleza, todo nos habla de María. Verdad es que nos habla en el lenguaje de símbolos y figuras, mas no por eso menos inteligibles, puesto que aún es más elocuente que el natural. Esas interesantes armonías que hemos notado en el conjunto inmenso de las cosas visibles, encaminadas todas á alabar á María, desde la más humilde flor del campo, hasta el luminoso planeta que gira en el espacio, se forman para recordarnos la gloria de su nombre. *Respice stellam, voca Mariam*, exclama San Bernardo. Lo mismo os diré yo, aunque variando el sentido. Mirad la naturaleza, fijad la vista en las fuentes, en los montes, en las nubes, en las plantas, y descubriréis en todo ello motivos para invocar á María: *Voca Mariam*; porque su bendito nombre está escrito en todas partes; lo mismo en el oro de que fabricamos sus coronas, que en la azucena que ponemos en su mano, que en las alas de la cándida paloma, su emblema predilecto. No olvidéis, sin embargo, que donde principalmente ha de estar grabado el nombre de María, Madre de los hombres, es en nuestro corazón, y grabado con caracteres indelebles. ¡No permita Dios que nuestro corazón llegue á perderlo y nuestra memoria á olvidarlo! Pero si tan lamentable desgracia nos sucediese, aunque sólo fuera por un día, búsqüenlo nuestros ojos en todos los objetos que descubran, que en ellos lo encontrarán, estimulando á nuestro pensamiento á meditar en él con amor, y á nuestra lengua á repetirlo sin cesar: *Voca Mariam*.

C. MARTÍN.

## DISCURSO II

PARA EL DÍA 23 DE MAYO.

### FIGURAS APROPIADAS Á LA SANTÍSIMA VIRGEN.

PLAN.

**PUNTO PRIMERO.**—Figuras de los tiempos de la Ley natural.

SUBDIVISIONES.—1. Eva.—2. Sara, Rebeca, Raquel.

**PUNTO SEGUNDO.**—Figuras de los tiempos de la Ley escrita.

SUBDIVISIONES.—1. Figuras de la elevación y poderío de la Virgen Santísima.—2. Figuras de sus dolores.—3. Analogías diversas.—4. Figuras de la grandeza de María.

*Omnia in figura contingebant illis.*  
Estas cosas les acontecían á ellos en figura.

(I. Cor., x, 11.)

LA ley llevaba á Jesucristo en sus entrañas, dice San Agustín: *Tota lex gravida erat Christo*. Las instituciones, los sacrificios, las ceremonias, los acontecimientos públicos, los edificios, las ciudades, los grandes hombres del antiguo pueblo, fueron la sombra del porvenir: *Umbram habens lex futurorum*. (HEBR., x, 1). La Ley de Moisés figuraba á la Ley cristiana; los sacrificios cruentos figuraban el sacrificio de la Cruz; el Arca Santa y el Templo de Jerusalén figuraban los Templos y el Tabernáculo del culto católico. Abel representaba al inocente hijo del hombre, Melquisedec su sacerdocio, Job su paciencia, Isaac su muerte, José los hechos más interesantes de su vida, Moisés su ministerio, David su regia dignidad, Salomón su sabiduría; por manera que la vida del Salvador se veía anticipadamente retratada en aquellas figuras, y en estas representaciones. Pero si la Escritura, dice San Bernardo, nos enseña en todas partes al Hijo, no se olvida por eso de la Madre. Por María y para María, el Verbo se hizo carne, pues que nadie, tanto como María, cooperó á la obra de la Redención: *Ob hanc omnis Scriptura facta est; propter hanc totus mundus factus est, et hæc gratia Dei plena est, et per hanc homo redemptus est, Verbum Dei caro factum est, Deus humilis et homo sublimis*. (S. Bernard., *Serm.* 3, *in Salve Regina*.) En efecto, A. H. M., las Santas Escrituras contienen, al mismo tiempo que las figuras de Jesucristo, las figuras de María; lo cual, por otra parte nada tiene de extraño, porque los misterios de